



SEGURIDAD POPULAR

PORTAVOZ DE LAS FUERZAS DE SEGURIDAD

AÑO II.—Número 30

Madrid, 30 de julio de 1937

Precio: 15 céntimos.

Hoy es viernes; hoy piensa el mundo en todo esto:

Empezamos cortando y pegando de los periódicos:

«En la reunión del Comité de no intervención para el viernes se ventilarán grandes problemas. El «Times» prevé el fracaso de las últimas gestiones.—Comentando la situación de las negociaciones del Comité de no intervención, la mayoría de los periódicos declaran que el abandono de la no intervención, como piden algunos, representaría el comienzo de una marcha en pendiente, cuyo fin no podría preverse, y aseguran que, por imperfecta que sea en su forma actual, representa al fin y al cabo un serio impedimento.

En cuanto a los síntomas de aproximación angloitaliana, iniciados por Grandi, la Prensa declara que esto representaría una posición más moderada de Italia en la cuestión española.

Decimos nosotros:

Fórmulas, fórmulas; fórmulas de médicos malos. Médicos encuadrados en aquella anécdota del famoso galeno, que para curar un estrabismo en los ojos de una niña pensó en cortar la cabeza a la niña. ¿Será mister Edén un médico así para la democracia del mundo?...

«Los japoneses empiezan a destrozar totalmente a Pekín.—Y el pueblo chino quiere hacer de esta antigua capital el Madrid del Lejano Oriente.—Desde Pekín se oye, desde hace varias horas, un cañoneo ininterrumpido. El combate se desarrolla a las mismas puertas de la ciudad, hacia el Suroeste. Una de las puertas ha sido atacada por un destacamento de mercenarios japoneses. Las tropas chinas del Templo del Cielo y de otros puntos de la ciudad han acudido en auxilio de los defensores de esta posición.»

Decimos nosotros:

El imperialismo japonés se lanza a la ofensiva contra el pueblo chino. ¿Qué piensa la diplomacia? ¿Otro Comité de no intervención? ¿Acaso no le dice nada este concierto de los Estados totalitarios para la destrucción del mundo libre y democrata?...

Por lo visto, no hay nada de nada. Se persiste en el mantenimiento de una política internacional que al año de funcionar sólo ha probado ser arma la más eficaz para la libre ejecución de los planes del fascismo invasor de pueblos libres. Se persiste, y no parece sino que los verdaderos y más eficaces servidores del fascismo, de la barbarie y la incultura fascista se encuentran en esas altas esferas internacionales, que sí se crearon para defender los derechos legítimos de los hombres y las colectividades estatales, ha debido decretarse ya su extinción, porque sólo contribuyen a su cercenamiento. Sobre el año trágico que como precedente justificativo puede ofrecer España, hay otro precedente: Abisinia. El pueblo débil, el pueblo desenvuelto en medio de una ingenua libertad inspirada en sus formas casi primitivas, hollado, aherrojado, devastado por la bestia de belfos carnosos—de biología más primitiva y selvática que la etíope—, del que hunde al pueblo italiano. Allí se derrocharon los discursos. El verbo se metió a equilibrista en el alambre de altruismos fingidos sin ver los derechos legítimos... ¡Y cayó Abisinia!

Con España se sigue igual sistema. Salvo las actitudes claras, gallardas, de las grandes naciones titanes de la civilización y del progreso, el politiquero internacional sigue sus normas «formalistas», exclusivamente de «spris», y no se dan cachetes a los que ofenden hasta el honor personal por no manchar el albo guante... ¡Titubeos, transigencias incomprensibles, discursos apergamados!...

Así nos es posible seguir cortando y pegando:

«Se afirma que el Gobierno de Inglaterra mantiene

sus puntos de vista sobre retirada de «voluntarios» y reconocimiento de beligerancia a Franco.»

Comentamos nosotros:

¿Es posible?... Acabaremos por una inmensa locura, por una incurable locura. ¡A Franco, general traidor, rebelde, sin honor, reconociéndole una personalidad legal!

Menos mal que también hemos leído:

«La U. R. S. S. se retirará del Comité de no intervención tan pronto como se pretenda poner a discusión

una monstruosidad tan grande como el reconocimiento de beligerancia a Franco.»

La nota optimista y decisiva. Rusia habla claro y cuerdo. Rusia llama a la reflexión. ¿Adónde va el mundo? ¿Franco, el traidor, reconocido por el mundo oficial? Rusia lanza su acusación, y la formidable palabra del pueblo grande es aplastante. Sin ese pueblo no será posible nada.

Y ante las claudicaciones de los países «democráticos» se agiganta la solidaridad de la Unión Soviética hacia el pueblo español.

Esperamos acontecimientos. Muy decisivos. Con lo expresado nos basta para sentir alegría. A esto se une la acción del proletariado mundial, formando la fuerza única capaz de contener la ofensiva del fascismo internacional.



El mejor vigía del frente
es una
**RETAGUARDIA
SEVERA**



Profilaxis de la retaguardia

Muchos trabajos a realizar tiene la Policía de Madrid en los momentos actuales, como es acabar con los especuladores, los saboteadores, los fascistas y otras actividades que se vienen desarrollando tranquilamente sin que se haga nada práctico para acabar con ellas; una de las cuales es la que voy a tratar de exponer en estas líneas, con el fin de ver si por las autoridades se dan órdenes y se organiza un trabajo eficaz que ponga término a ellas.

Actualmente se desenvuelven en Madrid con la misma soltura, o quizá con más que antes, los elementos maleantes de profesión, que se dedican a hacer sus trabajos diarios sin ninguna inquietud. Así vemos cómo siguen merodeando por las calles céntricas, cafés, bares o salas de espectáculos, todos aquellos que en la época de la reacción se dedicaban al bonito y cómodo negocio de «limpiar» las plumas o las carteras de los transeúntes, pero con una variación: y es que antes, por regla general, iban hacia aquellos que por ir mejor vestidos consideraban que sacarían más fruto, y ahora lo hacen con los compañeros que vienen de los frentes a disfrutar unos días de descanso.

Saben que el camarada del Ejército gana 10 pesetas, y que cuando viene a Madrid suele traer algunos billetes, bien para entregárselos a su familia o para comprarse géneros o artículos que necesite, aprovechándose de estas ocasiones, en la seguridad de que el que viene del frente lo hace con la confianza de que en la retaguardia se ha puesto coto a estas cosas. Y esto se viene haciendo por gentes de todas las edades, pudiendo haber entre ellos algunos que pudieran regenerarse; pero esta regeneración no se logra dejándolos campar libremente por ahí. Esto se consigue cogiéndolos y enviándolos: unos que por su edad no se les puede mandar a otros sitios, a los reformatorios; otros, a los frentes, donde sabrán lo que es una trinchera y lo que pasa un soldado, y otros pueden ir a trabajar a las obras del ferrocarril. Esta sería la forma de acabar con este caso bochornoso que se está dando.

El otro aspecto que quiero tocar es el de la prostitución, problema que hay que abordarlo de plano por las consecuencias que está teniendo. Se puede asegurar que en la actualidad ha habido un crecimiento grande del porcentaje de los que padecen enfermedades venéreas, y si nos damos cuenta de que es ahora cuando más se necesita que haya una población fuerte y sana por las necesidades de la guerra, fácil es comprender la importancia de este asunto. Para corregir los males que produce esto sólo hay dos medios: o abolición terminante de la prostitución, o su reglamentación.

Me voy a poner en el más factible en la actualidad: en el de la reglamentación. Existen una infinidad de prostitutas que se están dedicando a su negocio sin ningún control sanitario que permita la separación de la vida de aquellas que tienen alguna enfermedad o que la contraen en el contacto que realizan. Por esto es necesario que por las autoridades les sea expedida una tarjeta, con la obligación después de sufrir un estrecho control sanitario diario o semanalmente. Hecho esto, sería la forma de poder inter-

venir enérgicamente contra aquellas que no cumplieran los requisitos reglamentarios.

Si al mismo tiempo nos damos cuenta de que la reacción y el fascismo aprovecha estas fuerzas para realizar su trabajo de espionaje entre la retaguardia, se comprenderá la necesidad urgente que hay para acabar con ello.

Por eso desde aquí pido a las autoridades se dediquen con entusiasmo y energía a corregir estos males que la retaguardia tiene planteados.

UNO DE M. V. R.

LA BARBARIE FASCISTA

El fascismo no agota su capacidad de barbarie. Al terror de la España negra han venido a sumarse la sangrienta opresión del fascismo italiano y el salvajismo nazi. La España invadida se ha convertido en un gran cementerio donde millares de españoles son enterrados. Las divisiones italianas y alemanas cruzan las ciudades de España, devastándolo todo. Ahí está el último ejemplo de la barbarie fascista: la invasión del País Vasco, la destrucción de Guernica y Durango, los millares de mujeres y niños destrozados por la metralla alemana. Ahí están las «razzias» en los pueblos andaluces y extremeños, y las incursiones de las hordas marroquíes lanzadas a la matanza, a la violación y al pillaje.

Hoy son los aviadores españoles libertados de las prisiones de la Gestapo quienes nos brindan otra prueba de la brutalidad fascista. Mientras nosotros tratamos humanamente a los prisioneros que caen en poder del Ejército popular, los fascistas y los invasores italo-germanos asesinan a cuantos españoles caen en sus manos. Nuestros aviadores, cuya vida se conservó sólo con la esperanza de un canje por pilotos alemanes que estaban en nuestro poder, han sido tratados cruelmente. Los agentes de la Gestapo les han sometido a toda clase de torturas, golpeándoles constantemente, llenándoles de heridas y amenazándoles con la muerte a cada hora.

Estos son los procedimientos fascistas. Si al fascismo no se le detiene; si los pueblos no presionan decididamente sobre los Gobiernos democráticos para detener los pasos criminales de Hitler y Mussolini, no sólo los españoles sufriremos en nuestra carne y en nuestra alma los horrores de la más espantosa de las invasiones, la invasión fascista: serán todos los pueblos de Europa los que verán morir a sus mejores hijos entre las garras sangrientas del fascismo salvaje.

Pero esto no sucederá. El pueblo español vencerá al fascismo. Y su victoria será la victoria de toda la Humanidad sobre la bestia sangrienta.

(De «Mundo Obrero».)

¡¡Presente la Policía del pueblo!!

Exactos, al par que aleccionadores son los reportajes que algunos periódicos madrileños están publicando respecto a las actividades y engrimiento de la «quinta columna» en nuestra heroica ciudad. Observamos de cerca—con dolor y con rabia—estos movimientos a que se alude en la Prensa, y podemos, por tanto, corroborar esas afirmaciones, a las cuales podríamos añadir epílogos de gran interés para la causa antifascista que a todos nos une.

Apuntamos a la ligera el hecho sintomático de que, paralelamente a esos criminales manejos en la retaguardia, se recrudecen también por parte de los fascistas «resucitados» los ataques a la Policía cuando ésta, en sus servicios ordinarios, se enfrenta con toda la masa subversiva al margen de la ley.

Al parecer, el fascio, envilecido por nuestro exceso de humanitarismo, ha elaborado un plan de trabajo: pasividad descarada, desprestigio de las instituciones antifascistas, queriendo romper por todos los medios el equilibrio entre la actuación de las fuerzas de Policía y el concepto que de ellas tengan formado todos los que defienden la independencia de nuestra patria.

Cabe, sin embargo, la solución que nunca debió perderse: hacer ver a todos que la revolución que hace frente a fuerzas convergentes de españoles renegados e imperialistas extranjeros se mantendrá férreamente en su labor constructiva cuando nuestras diferencias de criterio en la orientación general de la política fustiguen la línea de una conducta, pero no la base fundamental de unas instituciones a las cuales dan vida con su asistencia hombres del pueblo, salidos de diferentes partidos y de las dos organizaciones sindicales.

El policía debe ser respetado por todos los antifascistas, bien crean éstos en el doctrinismo certificado de Marx, o en las enseñanzas de Bakunin, o en las fórmulas democráticas de los teóricos republicanos. No se pide fe ciega. Si disciplina para ejercer la única autoridad posible: la que emana del pueblo. Si el funcionario la merece, otórguesele sin regateos y con plena confianza. Por el contrario, si abusa o no es acreedor a ella, retíresele de su función, porque son los momentos que vivimos extremadamente trágicos para recibir desplantes de los mismos camaradas que nos llaman hermanos de lucha.

Pero lo que nunca debe hacerse es facilitar al enemigo sus trabajos haciendo aparecer a los policías como elementos sin autoridad o como cómplices de unos facciosos hacia quienes sólo tienen un deseo: meterles de una vez en cintura.

Alejandro DE FRUTOS

¡Camaradas de Investigación y Vigilancia!
Cada día, cada hora, cada minuto, reforzad
vuestro trabajo

Nuevo Reglamento y comisarios políticos para el Cuerpo de Seguridad

En estas columnas se desarrolló una campaña «con vistas al nuevo Reglamento», haciendo resaltar los defectos y los vicios que contiene el que, a pesar de estar dictado por un personaje siniestro, viene sirviendo de norma en lo que respecta al orden orgánico o administrativo, cuando debiera haberse derogado de una manera fulminante, porque la mínima parte aprovechable, por estar inspirada en el concepto completamente arcaico que de las cosas tenía aquella sociedad, no la podemos aceptar tampoco.

Cesó aquella campaña porque abrigábamos la esperanza de que la inmediata fusión del Cuerpo único de Seguridad llevaría consigo la redacción de un nuevo Reglamento. La deseada y necesaria fusión se prolonga por una serie de circunstancias que no son para analizar en este artículo, y seguimos con el fatídico Reglamento llamado de Mola, aplicando a veces algunos de sus preceptos, a falta de otros, e imponiendo el sentido común y la lógica en los casos que no pueden tener aplicación porque esa lógica y ese sentido común los repudian.

La etapa constructiva que ha de forjar la nueva España exige que paulatinamente, a medida que se van consolidando los claros perfiles de nuestra indiscutible victoria, se vayan también suprimiendo las torpezas, los errores y los vicios bajos de la ambición y de los privilegios de aquellos que, con su traición, dejaron de llamarse españoles.

Continuando en todos sus aspectos la obra constructiva

iniciada, nos encontraremos mañana con el camino bastante adelantado. Además de que para entonces ya sabemos que existen normas y preceptos, nacidos del movimiento popular revolucionario, a los que debemos respeto y acatamiento.

Venimos observando, sorprendidos, cómo se retarda la constitución del Cuerpo único de Seguridad; tenemos la certeza de que, en medio de todas las dificultades y de todos los prejuicios que impidan su realización, impera el convencimiento absoluto de que la fusión de esas ramas dispersas, que se llamaron elementos coercitivos del Estado, han de llamarse elementos defensores y guardadores de la nueva sociedad. Y si esto es así; si este convencimiento existe en los sectores altos y bajos a quienes pueda afectar la puesta en vigor de un nuevo Reglamento, ¿a qué esperar?

Lo mismo ocurre con la implantación del Comisariado político en nuestro Cuerpo. Todos sabemos que es un deseo unánime de millares de combatientes antifascistas. Todos sabemos que es el único Cuerpo que no lo tiene. Todos sabemos, asimismo, la utilidad, la eficacia, la conveniencia y la necesidad de su creación. Y, sin embargo, no se hace así, colocándonos en un plano de manifiesta inferioridad con relación a otros sectores similares de la lucha antifascista.

La causa de este evidente olvido, o de esta innecesaria diferenciación, sería muy conveniente que se diera a conocer. Por lo menos sabríamos a qué atenernos.

O. R.



Cómo se veranea todavía en 1937.

Sobre el Hospital del Cuerpo de Seguridad

(Viene de la página 4.)

Intervenidos en su mayoría por personal de Seguridad y Asalto, y su denominación vulgar es la de hospitales de Asalto, creándose con esto cierto privilegio a los uniformados y cierto malestar en los sin uniformar, todo lo cual corroboro al citar que los médicos son de Asalto; los administradores, igual; los practicantes, lo mismo: todo el servicio hecho por Asalto, quedándonos a los otros alguna placita en las oficinas y, para no mentir, una pequeña representación en las Juntas interventoras, que, por no ser igual a la que tienen los uniformados, siempre que haya debates tiene que prevalecer la opinión y el sentir de los que tienen superioridad numérica.

¿Es ello justo? No.

Los uniformados y los sin uniformar debemos ser iguales, concediéndonos, por tanto y sin distinción, los mismos derechos a unos y otros, lográndose con ello la desaparición de Caines y Abeles y sí la unión de todos para el engrandecimiento de nuestro heroico Cuerpo, ya que éste nos dignifica por el hecho de pertenecer a él, y nosotros, como agradecimiento, debemos dar cuanto somos y valemos para que nunca tenga queja de nosotros.

Fernando CRUZ BOCCONI

TEMAS CALLEJEROS

Pocas cerillas y mucha velocidad

Aspectos curiosos de la vida de retaguardia ofréncense a cada paso por las calles de este Madrid único. Algunos, sin gran importancia; los más, de verdadera envergadura. Hoy se han presentado dos casos a nuestra atención, que queremos someter a la curiosidad de los lectores: la escasez de cerillas en los estancos y el exceso de velocidad en los automóviles. Si, ya sabemos: dos cosas dispares, reñidas en absoluto por su significación y su concepto. Pero la calle es así: varia, extraña, paradójica. Y la vida, también.

La escasez, casi absoluta, de cerillas en los estancos es algo de unas características tan peculiares y extraordinarias, que merece la atención no sólo de todo buen fumador, sino de cualquier buen ciudadano. El tema, bien se nos alcanza, no es de gran luminosidad, porque poca es la luz que puede difundir una cerilla; pero hay que desmenuzarlo. Porque resulta verdaderamente encantador que en el estanco, establecimiento de un carácter oficioso imponente, con su gran mostrador y sus grandes estanterías, no haya ni una sola caja de cerillas, ni una sola pajueta—como diría Quevedo—, mientras que a la puerta misma de la tienda, en un «establecimiento» breve y conciso—un pequeño cajón y una minúscula silla—, una buena mujer, no precisamente la Colasa del Pavón, tenga a disposición de los ciudadanos cuantas cerillas sean precisas. ¿Quién se las facilita? Suponemos que el estancuero. ¿Bajo qué condiciones? Acaso la especulación—terrible fantasma de la retaguardia—no anda muy lejos de aquí. Y aunque escasa, quizá a la luz de una cerilla pudieran descubrirse muchas co-

sas: estafa al Estado, perjuicios indebidos para el ciudadano leal, etc., etc.

Esto pudiera tener fácil arreglo. Sin más que disponer que las cajas de cerillas se expendan en el estanco, utilizando el mostrador, que para eso está, y no para lustrar los codos al estancuero, desapareciendo, a tal fin, esos puestos concisos que han brotado a la puerta, en la esquina o por los alrededores del aromático establecimiento.

El exceso de velocidad en los vehículos automóviles que circulan por Madrid es ya cosa de más importancia, de más triste importancia, puesto que esta fiebre del volante está causando en la heroica villa tantas víctimas como pudiera haberse apuntado en su haber la tifoidea, a no ser por las previsoras y loables medidas de nuestras meritisimas autoridades sanitarias. Todo el que en los tiempos presentes utiliza un automóvil por las calles de Madrid creese que está en la obligación de marchar a una velocidad desenfrenada, loca, de huracán; a una velocidad «de guerra». Y habrá casos en que las necesidades de los servicios a realizar requieran que se saque al vehículo motor el máximo de rendimiento. No lo dudamos. Casos éstos dignos de respeto—transporte de heridos, transmisión de órdenes y partes—, de respeto y de ayuda y admiración, que se justifican por sí solos a los ojos de todo fiel amante de la buena causa. Pero en la mayoría de las ocasiones no es así. Hay miles y miles de vehículos que, aun llenando un servicio, pudieran marchar un poco más despacio, a una velocidad «de retaguardia», y con ello se evitarían muchas lamentables consecuencias.

Hemos podido comprobar muchos casos en que la velocidad, diosa cruel, ha hecho víctimas propiciatorias de sus iras a niños y a mujeres, a seres que encuentran mayores dificultades en ese arte de sortear el peligro que supone un automóvil a toda marcha sobre una amplia calzada. Accidentes lamentables, bajo todos los puntos de vista, en los que se ha debatido inútilmente la heroicidad del pobre viandante contra la fuerza de los modernos caballos de vapor.

Hay, pues, que moderarse; hay que comprimirse, como dicen los castizos, puesto que, al fin y al cabo, la necesidad y el servicio que llenan esos ases del volante es perfectamente compatible con la modesta vida de cuantos transitamos por las calles madrileñas bajo el nombre obscuro, feo e inarmónico de peatones.

O. CRESPO

Controles de carreteras, ¡más vigilancia!

Repetidas veces hemos expuesto desde nuestras columnas, y en los organismos correspondientes, la necesidad de reforzar el servicio de vigilancia en los controles de carreteras, pues hemos podido observar que no se presta la atención debida a estos servicios.

Consideramos que en los momentos actuales, cuando diariamente son detenidos enemigos de la causa antifascista, que surgen bajo distintas formas, deben fortalecerse estos servicios y castigar enérgicamente a los que (ocupen el cargo que ocupen) no cumplan con su deber.

NUESTRO COMPAÑERO ALFARAZ, ENFERMO

Nuestro compañero Alfara, el notable caricaturista, hace días que se encuentra enfermo. Ya algunos números de SEGURIDAD POPULAR aparecieron sin su humorística ilustración, y en el de hoy sucede lo mismo.

El excesivo trabajo de este camarada, lo mismo en la Brigada donde actúa como agente de Investigación y Vigilancia, que como dibujante en los diversos periódicos donde se reclaman insistentemente sus magníficos «monos» antifascistas, han hecho que este buen amigo y luchador caiga en la cama con una fiebre bastante alta.

Sin embargo, sabemos que la cosa no es de gran cuidado y que bien pronto Alfara, el de la pluma a carcajadas, estará entre nosotros para reanudar sus luchas.

Con sinceridad del alma lo deseamos todos.

TEMAS DE PASEO

Los paseantes de ayer y los de hoy

Estos desocupados paseantes e injustamente privilegiados de la fortuna desaparecieron de las calles y cafés de Madrid días después de comenzar la guerra, y su desaparición duró unos meses; a lo sumo, se observaba la presencia de alguno disfrazado de miliciano o exhibiendo esta o aquella insignia antifascista, los restantes se ocultaron en sus casas o en otros lugares, que ya todos conocemos, en los que se viene practicando una hospitalidad excesiva, pues no exageraríamos si afirmásemos que tienen demasiados visos de complicidad y aun de delincuencia, como se ha probado en algún otro caso. Tal hospitalidad—sigamos llamándola así—ha podido realizarse gracias a la benevolencia ilimitada de nuestras autoridades, y gracias a ella también, aquellos desocupados paseantes y asiduos concurrentes a cafés y lugares de recreo han salido de sus madrigueras, y ya sin disfraz invaden esas calles madrileñas, los cafés y espectáculos públicos, luciendo flamantes ternos; con frecuencia se observa en sus rostros esa sonrisita sarcástica inconfundible que les produce la presencia de un mono de miliciano o un traje de campaña, y quizá también el cutis curtido por el aire y el sol que el combatiente tuvo necesidad de soportar en la trinchera para evitar que España sea vencida y dominada por las naciones extranjeras que han invadido ya parte de su territorio. Y lo más absurdo de esta indiscutible realidad es que los de los rostros sonrientes, los que ostentan ternos impecables, los paseantes, son, en su mayoría, españoles dentro de los límites de edad que corresponde a los decretos de movilización que el Gobierno de la República ha decretado; sin embargo, siguen

paseando y siguen sonriendo, y lo que es peor aún, despreciando a los del cutis curtido en las trincheras, a los verdaderos españoles. ¿Puede esto tolerarse? No, y no. Esos hombres despreciosos que no son útiles a su patria cuando esta patria está en peligro de ser invadida por el extranjero, si no sienten la ineludible necesidad de luchar para defenderla, si se mofan de los que cumplimos esa sagrada obligación, no merecen ser españoles, no merecen pisar las calles de nuestro Madrid heroico, ni mucho menos disfrutar todavía de privilegios respecto al combatiente, al verdadero español. Ya nuestra Policía se encarga de realizar servicios admirables, como la detención de la condesa miliciano, de los transmisores de señales, ocultadores de oro y joyas, etc.; pero hemos de ayudarla; van siendo muchos los paseantes, y cada uno de nosotros, compañeros de Seguridad, tenemos obligación, como autoridades y como españoles, de esclarecer la verdadera situación de todos los hombres de la retaguardia que no hagan nada por que ganemos la guerra, porque a estas alturas quien así procede debe ser castigado como ejecutor de un delito de lesa patria, y si no corre por sus venas sangre española, si la humillación de la parte de España dominada por Alemania e Italia—que no por Franco—no eleva sus espíritus, si no se rebela su hombría contra la más humillante vejación de que puede ser objeto su país, entonces no deben inspirarnos más que un profundo desprecio sus sonrisas y obligarles a que trabajen en algo útil, que acaso el trabajo les modifique y aun algún día pudieran llegar a ser hombres.

SALBDE

Organizado por SEGURIDAD POPULAR, se proyecta un gran festival-homenaje al glorioso Cuerpo de Seguridad

A medida que la guerra pasa, el pueblo va demostrando sus profundas simpatías por todos aquellos elementos organizados bajo la disciplina de la independencia patria, incorporados a la gran lucha. Se suceden festivales y otros muchos actos por los que esta masa popular deja que sus afectos cristalicen.

SEGURIDAD POPULAR, consciente de interpretar un verdadero sentir del pueblo, quiere buscar la ocasión por el que también pueda expresar al glorioso CUERPO DE SEGURIDAD (Asalto, Policía, Guardia Nacional Republicana y Milicias de Vigilancia de la Retaguardia) este mismo sentimiento de solidaridad y reconocimiento, ya que estamos seguros de la condición heroica del mismo en su intervención guerrera.

Así, el próximo día 22 de agosto—antes no es posible por motivo de los locales—, y en lugar que se anunciará oportunamente, se proyecta la celebración de un gran festival en homenaje de nuestro Cuerpo, del Cuerpo de Seguridad. El programa, del que se encarga la Comisión organizadora, se está confeccionando con esmero y cariño, con el fin de que el espectáculo resulte digno de lo que trata de patentizar: del heroísmo y la abnegación de los que luchan, en el frente y en la retaguardia, encuadrados en el citado Cuerpo. Podemos anticipar, por tenerla ya ofrecida, que se proyectará en la pantalla la notable película, reflejo del arte insuperable de nuestro gran pueblo hermano la U. R. S. S., «El Circo»; habrá también un magnífico programa de variedades por eminentes artistas y un recital de música por afamados maestros.

El entusiasmo de SEGURIDAD POPULAR se verá colmado en el día de la celebración de este homenaje tan justo.



Todas las horas son horas de lucha. Los desmayos sobrevienen por la abulia o por tener el corazón vacío de sentimientos. Cuando una firme voluntad y un corazón abroquelado por todas las noblezas, como el español, quiere una cosa, se consigue. Porque no se descansa. Porque no hay treguas. Porque la tensión de la idea fija no tiene oscilaciones.

Así nosotros, compañeros. Como buenos españoles amantes de nuestra independencia, que es ya nuestra honra, el principio fundamental de nuestra hombría... En estos momentos hay que luchar sin descanso, y nuestro descanso debe ser la lucha. ¡Que el reloj de nuestro tiempo, compañeros del Cuerpo de Seguridad, no tenga una hora vacía de actividades ni dé una campanada que nos remuerda después la conciencia!...

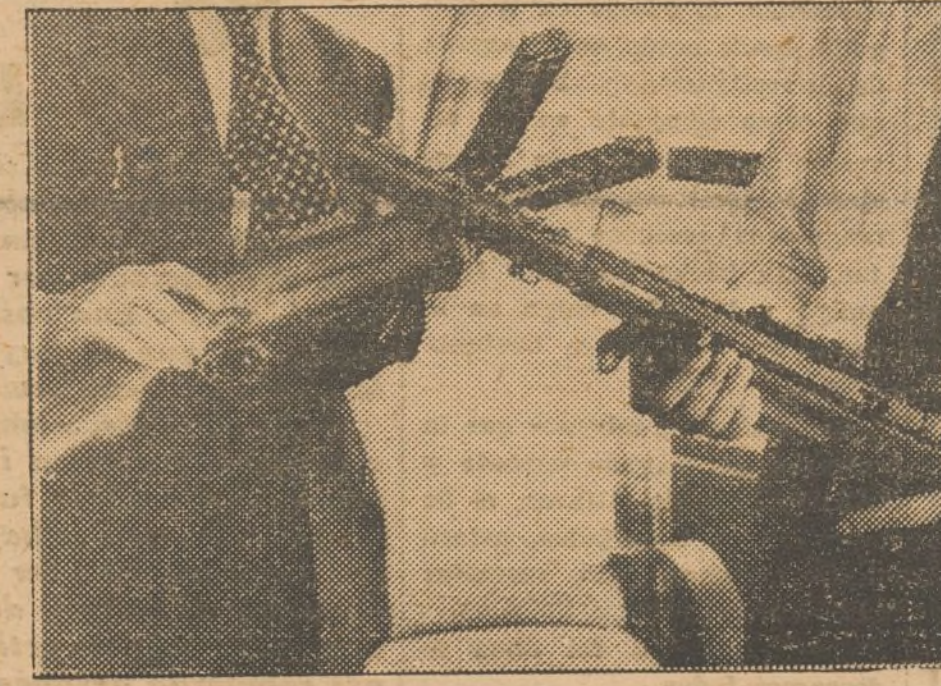
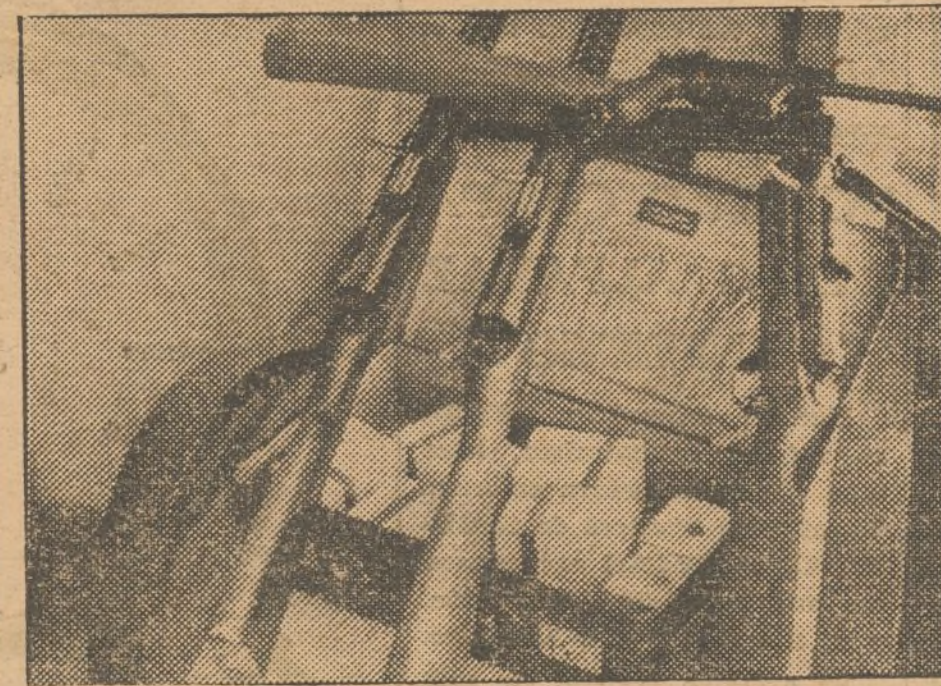
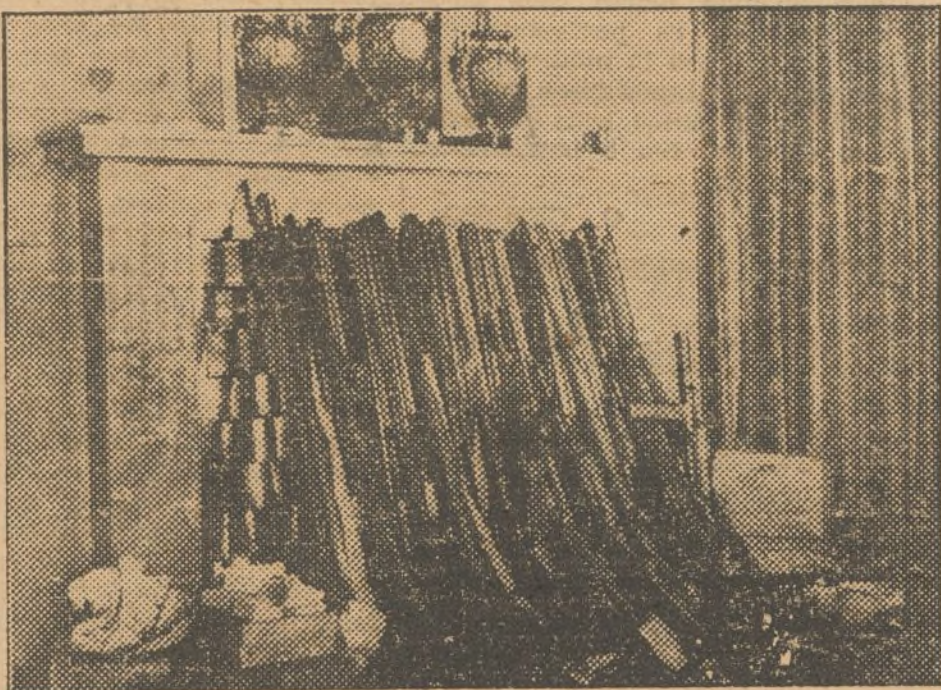
Insistamos en una vigilancia sin descanso para obtener la victoria

Nosotros llevábamos razón. No ha pasado un número sin que, con la doble responsabilidad de miembros del glorioso Cuerpo de Seguridad y de periodistas, hayamos dejado de aconsejar una vigilancia cada vez más severa de nuestra retaguardia. Claro que este sistema ha sido adoptado por muchos, aunque no sabemos si en todos constituyó profunda convicción o esporádica cantinela, moderna como el tango más reciente. Sin embargo, en nosotros no cupo esa sospecha. Nuestros contactos profesionales, nuestra experiencia, breve, pero timbrada con los desvelos de un franco ideal, adquirida en un año de ininterrumpida actuación contra los enemigos encubiertos, nos enseñó a leer en pequeños detalles de ambiente, de cosas aparentemente livianas, como los viejos lobos de mar o los pastores entre los apriscos serranos, la vecindad de grandes tempestades o de transitorias y engañosas bonanzas.

Los hechos, que no han dejado de producirse a diario, demostrativos de estos asertos, en esta semana han adquirido más amplias resonancias. Tenemos al espía que se fingía contable de un Consulado, atrapado por los agentes de Buenavista; multitud de registros que arrojaron resultados francamente delictivos, y, por último, el caso repetido de la Embajada convertida en guarida de espías. En este último servicio ha sido encontrado un verdadero alijo de armas, que se comprueba por las fotos que publicamos. Armas de modernísima compostura. Armas en uso inmejorable, que esperaban la hora de entrar en funcionamiento en contra del funcionamiento en contra del pueblo... También gases asfixiantes para envenenar al pueblo...

¿Qué quiere esto decir?... La respuesta viene sola. El pueblo español, nosotros, tiene que ver, definitivamente, las dimensiones de su lucha. No puede dormirse. No puede dormirse, porque ya está viendo que desde todos sitios se le combate. El solo, pues, como hasta aquí, tiene que salvarse y salvar la civilización y el progreso del mundo. No podemos detenernos.

Y por eso, porque queremos vencer, el Cuerpo de Seguridad no debe cesar en su vigilancia.



Sobre el Hospital del Cuerpo de Seguridad

En la hipotética historia del mundo se nos señalan como primeros pobladores humanos a Adán y Eva. Entre ellos tuvieron varios hijos, y de ellos se distinguen dos llamados Caín y Abel, matando el primero al segundo por envidia de su virtud. Ahora bien: pasando a crear tan hiperbólica historia, lo que se resiste a mi imaginación es la creencia de que fuera precisamente por envidia de su virtud la causa de que Caín matara a Abel.

Tal resistencia a dicha creencia tiene como punto de partida la misma historia. Por todos es sabido que la distinción inicua que la sociedad, en todos sus siglos, hacía sobre personas cuya capacitación, a veces, era inferior a los relegados a segundo término, y aún hace muchos años existían en España los mayorazgos que recaían en los primogénitos de las familias, y en tiempos modernos, los fueros de Aragón y Cataluña tienen casos que corroboran mi tesis.

De tal distinción nace precisamente, en espíritu libre, la oposición a ella, y, como consecuencia, siembra de odios y rencores entre los mismos hermanos, llegando, si no a la desaparición del favorecido, a luchas internas que nunca lo son por envidia de su virtud, sino por adquisición de aquello que una ley espida favorece a una persona por el hecho de haber nacido antes del claustro materno.

La misma lucha se da no sólo entre hermanos, por las causas expuestas, sino, en general, entre los componentes de la sociedad, al favorecerse, con perjuicio del tercero, a personas que sólo tienen en su favor mayor número de recomendaciones o más simpatías para sus patronos o jefes.

Contra ello luchamos, y al querer una España republicana democrática de nuevo tipo es para extirpar de la sociedad esas raíces monstruosas de favoritismo que tanto han perjudicado a la misma.

Por tanto, creo yo que las luchas sostenidas (con todas sus consecuencias) nunca lo fueron por envidia de su virtud, sino por querer una igualdad que la sociedad no daba y de cuya culpabilidad eran responsables los patronos, los Estados que estatúan y, por tanto, toleraban tal desigualdad.

Y en estas condiciones absurdas estamos precisamente los pertenecientes a la Sección sin uniformar (antes Vigilancia) del Cuerpo de Seguridad.

Todos los componentes del Cuerpo somos hijos de éste, sin más distinción que la superflua del traje, pero si los uniformados es cierto que se han batido y se batirán en las trincheras con bravura sin igual, derramando su sangre por la causa, los sin uniformar, además de en un principio hacer lo mismo, luchan y mueren en la retaguardia, a veces más insensata y difícil de defender que la vanguardia.

Para los primeros, el porvenir es lisonjero, pues que han ascendido casi a la mayoría de los antiguos muchos de los modernos, acreciendo sus haberes, otorgando pluses de guerra o dietas y poniéndoles a salvo de las innumerables vicisitudes pecuniarias que la falta de metálico origina.

Para los segundos, sólo existe en ellos un gran amor a la causa y al Cuerpo (los otros también lo tienen), un nombramiento a los modernos, «provisional», además, de un sueldo exiguo que les hace imposible la vida por la vida.

Pero la queja no nace de eso, aparte de su gran importancia, puesto que unos y otros, ante todo, tienen que consigna ganar la guerra cuanto antes y la disciplina absoluta a todas aquellas órdenes que dimanen del gobierno legal de la República.

La queja nace precisamente de que, por virtud de disposiciones, en mi entender erróneas, exista o pueda existir algún día envidia de una Sección a otra por desigualdad en derechos concedidos y creerse relegado alguna Sección a segundo término.

Y vamos a casos concretos.

Nuestro Cuerpo glorioso tiene dos hospitales, y por todos es sabido la ayuda moral y metálica (¡a costa de cuántos sacrificios!) prestada por la Sección sin uniformar (antes Vigilancia) a la constitución de los mismos hechos reconocidos por las Juntas interventoras de los hospitales, a propuesta de los mismos médicos, y más el deseo de tal Sección en cooperar de forma oficial igual que Seguridad y Asalto, con el 1 por 100 de haberes y remuneraciones, dejando de hacerlo voluntariamente, aunque tal voluntariedad a veces superaba dicho 1 por 100.

Pues bien: los tales hospitales, que lo son del Cuerpo y, por tanto, a todos pertenecen, se hallan regidos

(Pasa a la página 2.)